



PRINCESAS DRAGÓN

El secreto
del sapo negro

Pedro Mañas

Ilustraciones de Luján Fernández



PRINCESAS DRAGÓN

El secreto
del sapo negro
Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández

sm

PRINCESAS DRAGÓN

El secreto del sapo negro

Pedro Mañas

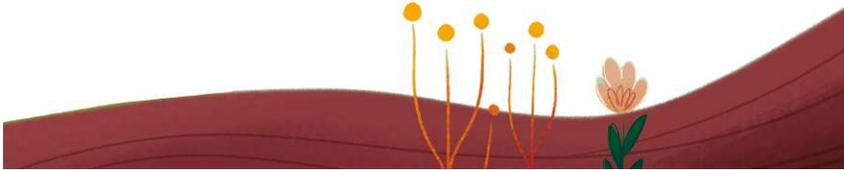


Ilustraciones de Luján Fernández





*Para Javier
y los pequeños lectores
de Menudo Castillo,
la fortaleza favorita
de las Princesas Dragón.*







*¡Bambacadabra, pata de cabra,
que no te saltes ni una palabra!*

Hala, ya está. Ya te he hechizado.

Ahora, aunque lo intentes, no podrás despegar la vista de este libro.

¡¿Cómo?! ¿Que sí has podido?

Vale, quizá me falte algo de práctica.

De todos modos, la nueva aventura de las Princesas Dragón es tan mágica que no querrás perderte ni una sola letra. Tanto que quizá pronto tengas que llamar-nos «Hechiceras Dragón».

En realidad, la magia lleva tiempo persiguiéndonos. De hecho, las tres recibimos poderes el día en que abrimos juntas el huevo de donde nacieron Gumi y Migu, nuestros cachorros de dragón.

Yo soy Bamba, tengo magia de fuego y de un soplo te enciendo tres candelabros.

Nuna, que tiene magia de aire, vuela que se las pela.

Koko es fuerte y dura como una roca, así que podríamos decir que tiene una increíble magia de tierra. Aunque su mala uva es más increíble aún. Claro que esa no se la dio ningún huevo. ¡Es de nacimiento!

El único que no tiene poderes es el príncipe Rosko... por ahora.

Y es que en nuestra última aventura no solo rescatamos a sus padres de una misteriosa prisión submarina. También conseguimos un nuevo huevo de dragón para que, al abrirlo, Rosko recibiese su propia magia.



El pobre pasaba el día haciéndolo rodar de un sitio a otro y sentándose encima para calentarlo, igual que una gallina. Aunque dentro del huevo no había precisamente un pollito, sino...

¡Un cachorro de dragón negro, la criatura más feroz y peligrosa de la tierra!

Tanto que podría devorarnos a ti, a nosotras y a Rosko de un solo bocado.

Pero no salgas corriendo, porque al comenzar esta historia el huevo seguía más cerrado que la puerta de un calabozo. Y el día, tan oscuro como el propio calabozo.

Llovía a mares sobre el negro castillo del Norte, donde los padres de Rosko nos habían invitado en agradeci-



miento por nuestros servicios. Ahora que estaban de vuelta, querían devolver al lugar su antiguo esplendor. Por eso habían hecho llamar a un montón de sirvientes, bufones, jardineros, músicos y juglares. ¡Y qué pesados eran, Santo Jabalí!

«¿Necesita que le cambie el vestido, alteza?».

«¿Le apetece que le ase unas perdices?».

«¿Le toco una dulce melodía?».

¡Las dulces narices! ¡Eso era lo que me estaban tocando!

Después de tanto tiempo al aire libre, allí dentro me sentía como una dragona enjaulada.

Una dragona a la que, además, le estaba picando una pulga.

Una pulga pelirroja llamada... Lilia.

Lilia Caldero Oscuro era la malvada aprendiz de bruja que llevaba varios libros haciéndonos la vida imposible. Y luego, solo porque nos ayudó un poco en nuestra última aventura, ¡se nos pegó como una lapa!

Hasta consiguió que los reyes la invitaran con nosotras.

En cambio, nuestros amigos los bandidos no habían querido ni oír hablar de castillos. Y, la verdad, sin ellos no es lo mismo. Sobre todo, sin Kun.

Total, que nuestras vacaciones se estaban convirtiendo en una tortura.

Los sirvientes nos perseguían para darnos la lata.

Nosotras perseguíamos a los cachorros para que no enredasen.





Los cachorros perseguían a Rosko para hacerse caca en su gorro.

Y Rosko perseguía su huevo para... para nada, porque no se abría ni a martillazos.

¡Y Lilia nos perseguía a todos hablando, hablando y hablando!

